

José María Pemán

Escribe: CARLOS E. MESA, C.M.F.

No fueron pocas las ocasiones en que, durante mis días madrileños, me encontré y conversé con don José María Pemán. Lo visité también en su casa de la calle Felipe IV, cuyos balcones encristalados se asomaban a la fachada lateral de la Real Academia. De su persona como de sus escritos, irradiaba la simpatía. El plante garboso, el ceceo gaditano, la sonrisa amplia, el ademán acogedor tornaban fácil y deliciosa la entrevista o la conversación.

Recuerdo perfectamente la visita que hice a Pemán el 23 de enero de 1945 en la grata compañía de Ginés de Albareda, poeta finísimo y colombianista apasionado, que allí mismo le decía a Pemán: yo te llevaré a Colombia. Verás qué gente, qué castellano, qué prosistas tan espléndidos. —En mi anterior viaje por las Américas no me fue posible llegar a Colombia—. Pero no desisto de ese viaje. ¡No faltaba más que me quedara sin visitar la tierra clásica del castellano! Me dijo que consultaba con frecuencia las obras de Rufino Cuervo y que había hecho un estudio especial de la versión de la *Eneida* por Miguel Antonio Caro. Discernimiento y saboreo que en verdad es posible advertir en el sagaz estudio titulado “El Virgilio de Lorenzo Riber”. Fue en tal ocasión cuando puse en sus manos un clandestino cuadernito de versos que ya Ginés de Albareda había leído y me había aprobado, al tiempo que me estimulaba a publicarlo. Pretendía que él escribiera unas líneas de presentación. Lo tomó, lo hojeó y de pronto se detuvo en un romance y precisamente en dos líneas: “Albricias los que dormisteis —en medrosa noche y larga” y me comentó con rapidez: Este “y larga” separado del medrosa es todo un hallazgo de expresión y de poesía. A poco, ya desde Cádiz, me enviaba el poemita que antecede al libro “*De mi lámpara tenue*”.

En dos ocasiones volví a su casa: cuando el gobierno español lo designó como embajador extraordinario a la toma de posesión de Ospina Pérez y cuando le pedí que pronunciara un discurso sobre el P. Claret en el Ateneo de Madrid al celebrarse la canonización del santo y controvertido arzobispo contra quien se habían proferido tantas ineptias o “mentiras tenaces” según dijo Azorín, en ese mismo Ateneo. No le fue posible aceptar la embajada extraordinaria a Colombia porque estaba comprometido, muy gustosamente, a asistir en Cádiz a la profesión religiosa de una hija suya. En cambio fue designado Eduardo Marquina, a quien el viaje le costó la vida. En cuanto al discurso claretiano lo pronunció en el Ateneo y más tarde en Roma, en el salón de actos solemnes de la Universidad Gregoriana. Pemán, como orador, era un espectáculo humano. Todo le ayudaba, todo fascinaba al auditorio. La presencia, la declamación, el acento andaluz sabroso, el ingenio en flor, el chisporroteo de las metáforas, el relampagueo de los conceptos, la facilidad vertiginosa con que ideas y palabras le fluían. A mi lado, en el Ateneo, un anciano y culto sacerdote me decía: Oí a Maura, oí a Vázquez de Mella y éste los supera. La palabra castellana no ha llegado a estas alturas.

Hace dos años los ví por última vez en la Real Academia, en la antesala y en la tertulia que precede a las sesiones vespertinas de los jueves. Ya, físicamente, era una ruina. Pero persistían su sonrisa, su simpatía, su benevolencia. Y la lucidez intelectual y el ingenio garboso que resplandecen en sus últimos artículos.

Fue el literato completo y cabal, maestro y sobresaliente en los diversos géneros que cultivó. Es un tipo de escritor —dice Fernández de la Mora— que en la era especializada que comenzamos, ganará progresivamente en rareza. Si Menéndez Pelayo fue nuestro último gran polígrafo, Pemán bien pudiera ser nuestro postrer literato universal.

Las “*Obras Completas*” de Pemán iniciadas en 1947 y por eso mismo muy incompletas, se publicaron precedidas de una “Confesión General” que nos alumbra el derrotero de su vivir, de su obra y de su escribir y las secretas y misteriosas motivaciones de tantos ademanes suyos que la crítica ha imaginado y deformado. “En estas Confesiones —dice— he de ser ante todo, sincero y alegre. Los dos modelos inmortales del géne-

ro son *Las Confesiones* de San Agustín y las de Rousseau. Se ha dicho que el primero se confiesa de rodillas y el segundo de pie. Yo que no soy grande ni en la humildad ni en el orgullo voy a intentar confesarme sentado”.

A la vida nació en Cádiz el 8 de mayo de 1897. A la vida de las letras el 16 de diciembre de 1917 cuando en el patio del Colegio San Felipe Neri de Cádiz pronunció su primer discurso premiado por ovaciones. En 1921 ingresó en la Real Academia Hispanoamericana de Cádiz y recibió la bienvenida del cónsul de Colombia don José Manuel Pérez Sarmiento. Y en 1923 apareció su primer tomo de poesía: *“De la Vida sencilla”*, en la que algunos descubrieron la influencia de Gabriel y Galán sin que alcanzaran a percibir lo muy propio del autor: el aliento de la ancha, clara y luminosa Andalucía baja, la brevedad y la fuerza sintética, la suave e inquieta modernidad y otras donosuras que encomió en su prólogo don Francisco Rodríguez Marín

Anterior a *“La Vida Sencilla”* corrió entre amigos el poema juvenil *“Nocturno a Margarita”* que Pemán no sabía olvidar y figura al frente de toda su obra poética. Termina así: *“El quedará en silencio. Tu sonreirás acaso. Yo andaré por la vida, lejano, taciturno... Y alguna vez, muy pocas, dirá alguno a tu paso: Esa es la novia aquella que le inspiró el Nocturno...”*. Sin desprenderse de sus viñedos de Jerez y de su casa solariega de Cádiz, Pemán se incorpora a la vida intelectual activa y agitada de Madrid. Escribe en *“El Debate”* y en *“A.B.C.”*. En 1935 le otorgan el premio de periodismo Mariano de Cavia; la Real Academia le galardona su obra dramática *“El Divino Impaciente”* y en pleno Frente Popular, no bajo el régimen de Franco, como se ha dicho, es elegido para la Real Academia por unanimidad y en sesión que preside don Niceto Alcalá Zamora, también presidente de la República. Cristiano, tradicionalista, ortodoxo, dijo en varias ocasiones: *“Creo en media docena de cosas y desde ellas me río de muchas más...”*.

II - CONFIDENCIAS DE PEMAN

Nacido Pemán en 1897, un año antes de que surgiera la llevada, traída y controvertida generación del 98, hay en sus escritos un esteticismo, una heterogénea variedad, una ausencia de intentado sistema, una continua obsesión españolista que

lo acercan a los prohombres de esa generación o promoción; pero si se cala en su entraña, como advierte Fernández de Mora, se encuentran rasgos muy distintos de los propios del 98: vitalidad, optimismo, humor, una gran economía afirmativa y una robusta ortodoxia. Pemán hermana las enjutas firmezas vertebrales con los generosos agnosticismos periféricos, la seriedad nuclear con una jocundidad andaluza de dilatado radio.

Poeta, novelista, dramaturgo, articulista copioso, ¿en cuál de estas aficiones y tareas se mueve más a gusto? Al periodista que así se lo preguntaba, le responde con súbita facilidad: tengo nueve hijos. Esto me ha acostumbrado a no establecer preferencia entre ellos como tampoco en esos otros hijos que son mis obras. Diría tal vez que la poesía es como la música de fondo de todas mis demás elaboraciones literarias, mentales e, incluso, existenciales. Soy un poeta que hace novela, oratoria o teatro.

“Esa misma variedad de géneros que he cultivado facilita a mis críticos el burladero para poderme censurar en el género que más les molesta, dulcificando la censura con la alabanza en otro: No cabe duda que es un gran orador... ciertamente es un gran articulista, pero... Y queda ancho campo para hacer polvo mi poesía o mi teatro. Me gustaría que en cada momento me juzgaran según lo que en el momento hago y doy”. Toda la vida —insiste Pemán— ha existido una doble forma de creación: en profundidad; tales, Góngora, Becquer o Juan Ramón en línea que yo llamaría taladrante; o en anchura: tipo Goethe, Lope de Vega, inquietos y saltarines de todos los géneros y abundancias. A mí, acaso por andaluz, me ha salido del alma esta segunda manera de hacer”. ¿Clásico? ¿Romántico? ¿Modernista? Simplemente, Pemán.

Ha saboreado todos los grandes poetas. No le cuesta asimilar y aparentar estilos de muy variadas épocas y escuelas. En 1940, en la Pascua de Reyes, la Real Academia celebró su tradicional banquete. Pemán, el presidente, leyó la semblanza de los seis nuevos académicos recién elegidos aplicando a cada uno, un pastiche, ligeramente irónico, el estilo y la época de las letras castellanas que mejor parecía convenirles.

Al cardenal Gomá en mester de clerecía; al duque de Alba en romance del siglo XVI; a Eugenio Montes, ingresado muy poco ha, por cierto, en deliciosos versos culteranos; a Rafael

Sánchez Mazas, nunca ingresado, en conceptistas; a González Palencia en verso blanco neoclásico y a García Sánchez, el fabuloso charlista, en modernismo parnasiano. Artesanías de gran maestro y no inspiración pura, precisamente. Pero demostración clara del dominio formal que este hombre había alcanzado para decir su interioridad en cualquier linaje de expresión. El había dicho en unos versos juveniles: “Unos dicen: ya viene el vanguardismo. —Otros: vuelve a los clásicos su amor—. Y yo, ni voy ni vuelvo. Me paseo —por donde quiero alegremente, al sol”. Pero no me lo han tolerado. He procurado, por mi parte, no contagiar un género de otro. No hacer poéticos mis artículos; ni elocuente mi teatro, ni teatral mi oratoria, ni prosaico mi verso”. Ciertos sectores de su público innumerable quisieron atraerlo hacia su bando o su mundo exclusivista. El aclaraba “Cuando estrené *“El Divino Impaciente”* llevaba publicados bastantes cuentos, muchos de ellos picarescos. Cuando se presentó mi quinta obra: *“Noche de levante en calma”*, se asustaron muchos de que de la vida de un santo pasara a un tema andaluz crudo y humano. Querían que pusiera en verso todo el Año Cristiano. Y algo semejante ha sucedido ahora con *“Los tres etcéteras de don Simón”*. Ciertos grupos y sectores —cuya abnegada labor de depuración social yo admiro— se asustan de que mi libertad de pluma pase de las páginas teológicas a estas verdosas, ligeras y zumbonas. Pero yo no creo que pueda hacer daño una farsa intrascendente, escrita como decían los escolásticos, por razón de eutrapelia”.

III - PEMAN ARTICULISTA GENIAL

Durante años, con primacía universalmente reconocida, los dos primeros articulistas de España fueron César González Ruano y José María Pemán. Era un gozo esperado el deleitarse, uno diría el desayunarse en la madrugada madrileña, con el artículo de Pemán en “ABC” o de González Ruano en “Arriba”. Plumas con ángel y con duende, para decirlo a la española. Con más densidad la de Pemán, pero siempre ágil. Con más tornasoles y sugerencias la de González Ruano. Aquel dejaba en el lector posos y sedimentos de cultura muy macerada y cristiana; este, polvillos de agradable frivolidad.

Pemán entró en Madrid como poeta, como autor y declamador de sus primeros versos: de la vida sencilla, que fueron

aplaudidos y elogiosamente comentados en la prensa. Visitando a don Angel Herrera Oria, entonces director de "El Debate" y años adelante sacerdote, obispo de Málaga y cardenal de la Santa Iglesia, recibió de él, en forma de pregunta, una invitación a colaborar en ese "Debate", serio, perfecto, germánico, modelo de técnica y precisión". ¿Por qué no me manda usted algo en prosa?

En Madrid oí comentar que don Angel tenía el don de intuir las capacidades y las vocaciones de sus interlocutores; la genial sagacidad para adivinar escritores de su Debate. Para esa construcción periodística tan seria —dice Pemán— estaba buscando algo que faltaba, como una banderita en una torre. Una sonrisa para la cuarta página; una colaboración alegre, intrascendente, que sirviera de sedante tras las cifras, datos e ideas de las otras planas. "Mi ligero ceceo, mi condición de andaluz le hacían adivinar que yo tendría un otro mundillo ligero y gaseoso escondido detrás de la fachada patriarcal de mi primera poesía. Un andaluz ceceante completaba probablemente su cuadro de colaboradores de "El Debate" como un gorrión disecado en un gabinete de historia natural donde ya estuvieran las otras aves serias e importantes".

Herrera Oria había adivinado que este poeta a quien ya estaban matriculando en la escuela de Gabriel y Galán, cultivaba en su soledad una parcela crítica e irónica y se solazaba en componer epigramas y sátiras versificadas. Para esos artículos encontró Pemán el tono exacto y la filosofía ligera y allí apareció su interpretación "sin tópicos" del alma y de las cosas andaluzas que fue una vena constante de su pensar y escribir y vino a encarnar, años adelante, en un personaje que bautizó "el Séneca", compendio vivo de la antigua sabiduría irónica de su pueblo y a quien su creador don José le descubrió siete movimientos rituales para el acto sencillísimo de liar un cigarrillo, según todavía se acostumbra en España.

¿Cuál es su fórmula como articulista? Le preguntaban algún día. "Creo que el secreto de mis artículos está en el enfoque andaluz de los problemas vivos: moderación de criterio, cierta zumba irónica y cierta melancolía. (Esencia ésta última que también Azorín recomendaba). Procuro —sigue Pemán— no herir ni lastimar a nada ni nadie. El artículo es un "pellizco" de literatura. Aclaro, para los lectores colombianos que en

lenguaje común español “pellizco” es porción pequeña de una cosa que se toma o se deja. Un pellizco de masa o de pan. En el fondo, el artículo, por su brevedad obligada, es el género literario de nuestro tiempo, ya que la misma novela, el cuento y el reportaje se apoyan hoy en el periodismo. “*A sangre fría*” de Truman Capote no es más que un reportaje novelado. ¿Cuál es la mayor dificultad del artículo? La síntesis. Es conocida la anécdota de Foxá, que pidió tiempo doble para un trabajo de dos cuartillas. La dificultad de lo mínimo es considerable. ¿Qué tiempo le lleva, preguntaron en otra ocasión a Pemán, su tercera página de “ABC”? ¿Cuándo y cómo le surge? Veo, escucho y pienso. De vez en cuando hago un apunte levísimo con mi bolígrafo en un cuadernillo. Y entonces escribo pronto el artículo sugerido por el apunte. Y digo “pronto” porque si me retraso a veces no entiendo lo apuntado. Es decir, siguiendo las etapas clásicas de Quintiliano: preparación remota: una semana máximo; redacción definitiva, media hora mínimo. Después descansa el bolígrafo y entra en turno la vida.

El buen artículo de prensa es aquel del que el marido dice a la mujer, al salir él para la oficina: que no me pierdas el periódico, por favor. Que quiero leer esta tarde el artículo de Pemán... En la guerra española —recuerda él en su *Confesión General*— fui cronista de guerra. Asistí de cerca a muchos de los episodios más importantes. Entré con las tropas en Bilbao, en Málaga, en Madrid. ¿Qué salió de todo esto? Unas crónicas vivas, directas, en las que desnudé todo lo que pude el estilo y afilé todo lo que pude la mirada. Por primera vez, en la espalda de unos plieguecillos de telegramas en los que se corría la tinta, escribí líneas febriles que antes de terminar el artículo entero pasaban a los aparatos de transmisión. En resumen: una literatura urgente, directísima, tan cercana a la vida que casi como ella, corre y pasa.

Pemán tenía —y había porqué— un concepto muy alto y laudatorio de la prensa española. Y entre la radio, la televisión y la prensa, se quedaba con esta por su permanencia y su incidencia mayor. Al frente de los periodistas españoles de todos los tiempos situaba a Mariano José de Larra; luego a Clarín y Cavia; para sus mismos días, el primero en su estimación era Luis Calvo.

Durante tres años, el Instituto de Opinión Pública señaló a Pemán, en sus resultados, como el escritor más leído de España. Luego salió Camilo José Cela. Y Pemán comentaba: es la marcha natural de la vida; yo he saludado con júbilo tan honroso reemplazo. En realidad —añade uno— por su andamiaje filosófico, por su óptica vital, por su artesanía estilística, Cela, escritor prodigioso, pertenece a otras provincias de la república de las letras. Sin restar nada a la genialidad del Pemán articulista. Uno, al menos, se confiesa su lector impenitente y durante años vivió prendado de la limpieza, gracia y elegancia de su prosa, de la perfección estrófica de sus artículos. Y uno percibió, dentro de la tersura de su estilo y de la ortodoxia de su pensamiento, las inesperadas desenvolturas, las inquietas bellezas, las arriesgadas audacias, las sonrientes intuiciones de un gran señor del periodismo cristiano.

De alguien que tuvo por norma “dejar caer sobre lo efímero una gota de perennidad”.

IV - PEMAN Y SU TEATRO

Cultivador eximio de la poesía y del artículo, de la oratoria y de la novela, José M. Pemán se atrevió también a los hechizos y las dificultades del teatro. Hay autores que lo encasillan dentro de aquel llamado “Teatro poético” que reanuda la tradición del verso, prefiere el tema histórico y aún costumbrista, incurre en el simbólico-fantástico y no desdeña en ocasiones la parodia y la farsa cómica. Sus máximos representantes son Marquina, los Machados, Valle Inclán, Villaespesa y Pemán, este último con altura sobresaliente y creaciones perdurables.

Durante algunos años comparte los escenarios con Benavente. “Yo —recuerda Pemán— le traté mucho en la vida del teatro. Don Jacinto no se daba fácilmente. Puedo asegurar que los valores humanos y morales los apreciaba mucho más que los valores literarios. Con ocasión de un homenaje nacional, cuando se le había dicho ya de todo, le escribí “ad hominem” sobre el problema íntimo del hombre: “Usted que tanto se ha reído de la vida, no le gustaría encontrar el modo de reírse de la muerte?”. En carta autógrafa me contestó: “Pocas veces me he visto mejor entendido por dentro”. Lo que sabemos de su muerte emocionante revela que no era una frase protocola-

ria. Algo de Benavente y de los Quinteros hay en la dramaturgia de Pemán. Pero su cosecha es de su propio huerto, porque en todo y siempre era Pemán.

Su dramaturgia se proyecta en tres direcciones: el teatro clásico griego, la historia española y el costumbrismo. Tuve la suerte de asistir en Madrid, el 12 de mayo de 1945, al estreno de *Antígona*, la obra eterna de Sófocles, adaptada por Pemán en verso de cristalina diafanidad y de una avasalladora fuerza expresiva. Por cierto, el entusiasmo del público se desbordó cuando al final, requerido para hablar, Pemán salió a escena y dijo que enviaba a tierras de California, donde por aquellos días cabildeaba la Conferencia Internacional de la Paz, el verso de Antígona ante Creonte: "Nací para la paz, no para el odio". Quien quiera verificar de qué manera se preparaba Pemán para sus versiones, cuál era el subsuelo de humanidades y clasicismo que atesoraba, cuál su erudición y su captación del mensaje de los clásicos eternos, lea su introducción a la versión libre de *Antígona*. Allí encuentro comprobado lo que por esos mismos días, en sabrosa charla, me había referido: que para sus adaptaciones helénicas consultaba al P. Errandonea, un jesuita vasco formado en Oxford y que por cierto había ejercido su magisterio de jesuita en los colegios colombianos de principios del siglo. Era un gran señor y una eminencia en latín y griego.

A sus dramas históricos aportó Pemán un sagaz estudio de personajes y ambientes, un gran respeto arqueológico, un profundo sentido humano y la tesis ideológica adecuada para cada situación. Añádase el ágil señorío del verso deliciosamente fluyente y el hábil manipuleo de los recursos de la escena. Su primera obra "*El Divino Impaciente*" se estrenó en el ambiente republicano, anticlerical y sectario de 1933 y no puede negarse que ello contribuyó más al éxito de una obra, "escrita con la ingenua voluntad de arte pacífico y puro", medularmente valiosa, cuajada de aciertos y favorecida con miles de representaciones y con la venta, en solo dos años, de ochenta mil ejemplares. Con sus derechos —confesaba Pemán— compré la casa en que vivo en Cádiz con mi familia numerosa. Los zumbones gaditanos la llamaron "el castillo de Javier". Vino después mi segunda obra: "*Cuando las cortes de Cádiz*" en que varié totalmente de época y modo, porque he huido del peligro

de encerrarme en una fórmula o “manera” teatral. Tengo cierta predilección por esa obra en la que, además, me tocó representar el papel del “filósofo rancio”. Gustaba Pemán de actuar en escena representando alguno de sus personajes. Todavía me parece que lo veo, vestido de los atuendos cardenalicios que le caían muy bien, en la obra *El Gran Cardenal*, estrenada en Madrid en febrero de 1950. Ya antes había dramatizado la figura del cardenal Cisneros, tan grata a los españoles, muy diseñada y lograda y que “contiene —dice Pemán— los mejores trozos de versificación dramática por el modo clásico español, que yo haya escrito”.

Espléndida en todos los conceptos según el crítico Entrambasaguas “La santa virreyna, que es doña Francisca Henríquez de Ribera, esposa del virrey de Perú, ligada a la leyenda del hallazgo de la quina. Pemán quiso poner en el fondo del cuadro la gran obra colonial española. Caos, personaje faunescos, representa el naturalismo del mundo recién nacido. La virreyna representa la inteligencia y la fe. Entre ellos, eslabón de enlace, está colocada Zuma, sencilla de mestizaje, punto de encuentro del vigor de la nueva América y la civilización de la vieja España. Hay canciones populares “A las Indias se va el mozo” a estilo Lope, o versos redondos como aquellos: “Si vosotros no sois sino españoles —que habéis perdido el barco de regreso” o ese desenlace final sobrecogedor que termina con una apoteósica glosa del padrenuestro, de grandioso efecto dramático.

En este ciclo de las glosas de España no podría faltar la obra dedicada a la defensa de Zaragoza contra la francesada bajo la protección de la Virgen del Pilar, la virgen capitana, que interviene como un personaje más en la defensa de la plaza.

En el prólogo de Joaquín de Entrambasaguas al tomo de *Teatro* de las “*Obras Completas*” de Pemán se afirma que su mejor obra dramática es “*El Testamento de la Mariposa*”, estrenada en el teatro María Guerrero de Madrid el 27 de febrero de 1945 y “*Metternich*” estrenada en el teatro Fontalba el 11 de diciembre de 1942. De la primera dice Pemán: “Es una de las comedias que yo he escrito en mi vida con más exigente fervor”. En ella dice el crítico citado: “su imaginación meridional ha dejado uno de sus triunfos mayores de poeta y dramaturgo”. De la segunda dijo Marqueríe, crítico implacable:

“Por su exquisita finura, por su gracia y delicia de evocación, por su pensamiento y por su frase, por el apartamiento de todo recurso fácil y latiguillo, merece un franco y sincero elogio”. Como procedente de dramaturgo tan experto tiene mucha sustancia y peso lo que Pemán opine del teatro. “Para mí —dice— es la expresión y la conciencia de lo compartido y lo comunal. Un período histórico sin teatro sería algo mutilado y afónico”. Y con él se ha cumplido. Creó, como Lope, un teatro para españoles; el patriota y el español católico de sus días se oyó y se sintió en la voz de Pemán.

V. - PEMAN Y SU POESIA

En la obra literaria de Pemán, al principio fue la poesía. Primera en la intención, en el cultivo, en las calidades. Germinó temprana frente a su paisaje gaditano, en el contorno histórico de las letras y de su ciudad. “Más que una generación —confesaba él— yo me siento vinculado a una escuela o suceso que fue el modernismo. Rubén, Juan Ramón. Mis primeros versos nacieron en tertulias casi clandestinas que en Cádiz se reunían en torno a varios cónsules hispanoamericanos, casi todos poetas. El modernismo, derivado filialmente del romanticismo, fue la última creación de una poesía viva que se usaba para los servicios sentimentales del que se enamoraba o se desesperaba. No como ufanía sino como simple indicio revelo que durante toda mi vida los libros de mi repertorio que más se han vendido son los de poesía lírica. A veces se produce el estallido editorial de una comedia de gran éxito, como “*El Divino Impaciente*” o de un libro de picante actualidad en el comadreo socio-político, como aquel “*Mis almuerzos con gente importante*”. Diez ediciones de abril del setenta a mayo del setenta y dos. Pero el ritmo constante, sin sujeción a ferias del libro o años, lo tiene siempre la venta de mis colecciones de poesía”.

Cada poeta, aunque a veces no tenga la paciencia o la habilidad de formularla, tiene su idea personal de la poesía. Para Pemán, la poesía es el triunfo de la intuición sobre el raciocinio. “Es aquella forma de conocimiento de las cosas que se prolonga cuando la razón ha terminado su cometido. Es aquello que hay que decir aunque no se quiera. Para mí poesía y

necesidad son sinónimos. Poeta es quien deje escapar el alma a la espalda de la razón. El poeta posee sagacidades y perspectivas distintas de los demás mortales. Ser poeta es como haber recibido un beso de Dios. Hay días en que se puede escribir versos y hay días en que no. Supongo que a esto es lo que llaman inspiración". Con lo cual decía lo tan resabido: que la primera chispa o palabra o línea la dicta el cielo. O eso que llaman musa o numen. Al poeta le toca seguir y completar. A quien le preguntaba el porqué de su prodigalidad de lo religioso que es fácil descubrir en su poesía —y no solamente en el volumen de su Poesía Sacra, palpitante de autenticidad— él contestaba: la poesía es en cierta manera, una denuncia de lo que cada hombre lleva dentro. Pemán llevaba a Dios como otros llevan el vacío o la angustia o el deseo. Otra nota dominante de su quehacer poético es el andalucismo. ¿Qué ha supuesto lo andaluz en su obra? "Además de la fecundidad me ha procurado una paz y una serenidad inmensa como esas noches infinitas de Andalucía en las que hay más luna que cielo". En resumen, dice él: poeta por hombre. Poeta por andaluz. Poeta por sensitivo, por lúcido, por todo.

La aparición en 1923 de su primer libro de versos: "*De la vida sencilla*", lo relacionó de golpe con lo más estimable de las letras españolas de esos días. Prólogo de Francisco Rodríguez Marín, el cervantista, erudito y prosista famoso que se embelena con una melancólica serranilla. "Todas las tardes la vía —junto a la puente moruna-pasada Torrelaguna— camino de Navafria". Tierras —confiesa Pemán— que en mi vida he pisado... Elogio de Manuel Machado. "Pemán es poeta hecho y derecho, con su acento personal, con su camino propio, con la imagen impregnada de emoción". Invitación a que lea sus versos en el Ateneo madrileño, supervigilado por orden de Primo de Rivera, no lejano pariente. Entrevista con Azorín, presidente de la sección ateneísta de literatura. "Azorín me recibe con amable frialdad, sin mover apenas un músculo de su cara, todavía redonda. Vestido de gris, su cara adormilada, se veía que desdeñaba por igual al delegado de la autoridad, a mis versos y creo que al Ateneo. Pero me fue simpática su elegancia irónica y su falta de fanatismo y desde entonces he mantenido una relación amistosa y franca con el impecable renovador de la prosa castellana".

En 1929 publica “*A la rueda, rueda...*” que Julio Cejador saluda emocionado. “En España y en América la musa va hacia la sencillez y la manera popular”. Y cosa curiosa, esa poesía tan moderna, discurría por los cauces viejos del Cancionero popular que el eruditísimo don Julio estaba exhumando y desempolvando y que luego sería descubrimiento de fertilidad asombrosa para poetas tan genuinos como Antonio Machado, Juan Ramón, o García Lorca. La floración cancionera va a constelar y perfumar un capítulo largo de la poesía castellana de este siglo. En ese Cancionero Pemán había encontrado “una flexibilidad infinita de medidas y la variedad de matices sentimentales. Se me iban los ojos tras aquel cuadrado de dolor peregrino: “Malherida va la garza; /sola va y gritos daba”... El canta a su vez: “Se iba el pensamiento mío/ por entre los juncos verdes/ de la orillita del río”.

Gaditano confeso y profeso, a su ciudad nativa le dedica el poemario: “*Señorita del mar*” y dice que Cádiz es “clara y fina, un poco genovesa y un poco peruana”. En toda su poesía y más en esta, Manuel Machado descubre el “garbo”, palabra esencialmente gaditana por lo que tiene de andaluza y de marina, de alada y de salada, de arquitectura y de música. El poema de “*La Bestia y el Angel*” surge en polimetría vieja y nueva, siempre fresca y rotunda, ante el incendio de la guerra española. En él hay tanta cantidad de material lírico como épico. Y desde luego, versos conmovedores y bien sonantes e imágenes esplendorosas. Es un poema que trasciende la oportunidad histórica y siempre sonará bien. “*Las flores del bien*” maduraron durante años y gustaron a todas las sensibilidades, lo mismo fuera la de García Nieto que la de Camilo J. Cela. “Todo el campo es expresión —segura de un Dios que viene—. El Bien tiene sus flores, como tiene la tarde su canción”. “Es mi libro más personal, en el que están cuajados en síntesis mi sentido de la modernidad y mi sentido de la tradición”. Por lo que atañe a su poesía religiosa, qué manera de decir con diaphanidad cosas sencillas y sublimes. “He comprendido tu sabiduría /por el perfil de la azucena”. Por algo, Manuel Machado, que tanto sabía de esos menesteres, coloca a Pemán al lado de Lope, de Fray Luis, de Juan de la Cruz, de Teresa la de Avila. Que ya es decir y encomiar.

Pemán llegó tempranamente al más alto cenáculo de la lengua. Su candidatura se sustentaba en la docta casa desde que *“El Divino Impaciente”* obtuvo el premio de la “obra dramática” del quinquenio. En América hubo periódicos rojoides que atribuían ese sillón a la parcialidad del régimen franquista. La realidad es que unos meses antes del 18 de julio de 1936, en pleno gobierno del Frente Popular, fue elegido por unanimidad. Presidía la sesión, como también la República, don Niceto Alcalá Zamora. Adelantamos más bien que fue el régimen franquista el que, años adelante, destituyó a Pemán de la dirección de la Academia.

El estallido de la guerra civil y la turbación del orden en la capital española, dominada por los rojos y cercada por los nacionalistas, paralizó las actividades de la Academia. Solo el 20 de diciembre de 1939, en Burgos, cabeza de Castilla y en ese momento, de España, en sesión de especial solemnidad que presidió el general Franco, leyó Pemán su discurso de ingreso que versó sobre la “poesía civil” española, comprendiendo bajo ese término la de tipo patriótico y político. Es el mismo Pemán quien en sus “Confesiones” apunta que la cercanía apasionante de la guerra turbó en algunos momentos su prosa, de pasión, y de parcialidad algunos de sus juicios. Alguien dijo que ese discurso era de un menéndez-pelayismo de la primera época; es decir, de aquella época polémica y juvenil de los *“Heterodoxos”*. A la prosa dinámica y artillera del nuevo académico contestó don Lorenzo Riber, un sacerdote mallorquín que ponía en sus frases las turgencias, redondeces y reminiscencias de las añejas prosas latinas y castellanas.

Para quienes hemos disfrutado de la asistencia a las sesiones de los jueves en la Real Academia y recordamos la presencia de Pemán allí mismo, en esa “como isla y remanso de cortesía, compañerismo y finura” resulta especialmente grata la remembranza y la descripción de aquella sala, de la sesión y de su habitual manera de proceder. “Los académicos se congregan en torno a una enorme mesa ovalada, forrada de bayeta verde y con el centro vacío. García Sanchiz, en una de sus “charlas” trató de describirla y con su retina prodigiosa y su palabra plástica y colorista, apenas logró dar una idea

aproximada. Eugenio D'Ors la llamó por su forma— la “bañera del idioma”. Forma de bañera tiene en efecto y más que una mesa es como una sucesión de pupitres —uno por académico— por delante de los cuales corre un cajón, en forma de canal, donde se alinean los diccionarios y gramáticas que pueden ser de más urgente uso en las discusiones. Estas se llevan a cabo de un modo un tanto empírico y fragmentado mediante la lectura de infinitas “papeletas” sobre admisión de nuevas palabras, eliminación de otras, corrección de acepciones, que esperan turno. De la discusión que le sigue surge una orientación para la Comisión especial de Diccionario que en definitiva hará un estudio más técnico y pausado. “Suelo sentarme en un extremo del óvalo verde, al lado de Marquina, D'Ors, García Sanchiz, Ricardo León.

De nuestro grupo suele surgir el comentario puramente estético y literario de la palabra, que enviamos, como una pelota, al otro extremo de la mesa, donde Manolo Machado suele recogerlo con asentimiento y paladeo. En sentido contrario al nuestro, a lo ancho de la mesa, se cruza el diálogo estrictamente filológico y gramático que va de Julio Casares y García Diego a González Palencia. Este con don Miguel Asín sacerdote, añaden de vez en cuando gotas perfumadas de arabismo. Riber sostiene los fueron etimológicos del latín, Amezua cita a los clásicos, Cotarelo interviene si la palabra pertenece al léxico científico; el duque de Maura presenta su precisión sintética a las definiciones”. En años posteriores a los descritos por Pemán el espectáculo de sabiduría y castellanía se prolonga y se esplendora cuando uno oye intervenir a Rafael Lapesa en acuñar una definición, a Zamora Vicente en corroborar una acepción popular, a Lain Entralgo en precisar un vocablo científico, a Tovar en la aportación de etimologías griegas o americanistas.

Reorganizada la Academia durante la guerra, Pemán quedó encargado de dirigirla. En las sesiones de San Sebastián le daba cierta viveza la presencia inquieta de Pío Baroja y “la permanente tensión intelectual de Eugenio D'Ors que, porque siente cerca de sí, casi físicamente, la angélica presencia de la cultura, es capaz de dar estilo académico a la más familiar tertulia”.

Recobrado Madrid y el edificio de la Academia, los compañeros, en elección reglamentaria confirmaron la presidencia de Pemán. “Creo —dice— que dentro de lo humano, la política, la pasión o el atropellamiento de una alegría renovadora, no dieron un paso hacia adentro por las alfombradas galerías de la vieja Institución. Fueron elegidos autores representativos de la nueva generación como Eugenio Montes, o Rafael Sánchez Mazas, escritores excelentes ambos, aunque por lo que tardaron en presentar sus discursos, demostraron que en el “nuevo estilo” no entraba la virtud de la puntualidad...”. Montes ingresó en 1978... Pemán fue director de la Academia desde 1938 hasta 1946. ¿Cómo cesó? Hasta la “isla de paz” llegó una marejada. Pemán aceptó intervenir en un curso de conferencias organizado en homenaje a don José Calvo Sotelo, llamado “promártir” de la Cruzada Nacional. Este elogio suyo, documentado y cálido, en elogio de Calvo Sotelo se interpretó como una preterición de José Antonio. Hay —explica él— una subyacente idea hispánica de dualidad, según la cual, el número dos no significa “uno más uno” sino “uno contra otro”. La celebración de algo no parece posible sin la disminución de otra cosa. Días después el Boletín oficial publicó su destitución de la dirección de la Real Academia. El texto del discurso, publicado en su original un año después, no mereció un solo rayón rojo de la censura... Pemán interpretó el hecho como una de esas fugas y renunciamientos que ayudan a salvar una obra y filosofó que cualquier discurso está hecho por el orador y por esa “Fuenteovejuna comunal y difusa que es una sala, un público, una pasión y una atmósfera...”.

VII - UN ORADOR SUPREMO

Piensa uno que aquella antigua definición del orador como “varón bueno perito en el decir” resulta angosta y destañada en tratándose de José María Pemán. A no ser que en la tal pericia se incluya un enjambre de cualidades y habilidades soberanas. ¿De dónde le llegó a este hombre la luz, la gracia, el garbo, la impresionante contundencia de su palabra? El solía reconocer: “En la infinita anarquía de opiniones suscitadas por mi obra me otorgan “sobresaliente con matrícula de honor en oratoria”, aunque con una vaga sonrisa displicente para el género en sí mismo. Es un poco —explicaba— como el

benévolo “dejarle que hable” que se dice de los niños o de los chiflados. Pero dejar hablar a Pemán era como oír una cascada de ideas entre un torbellino de imágenes y de emociones. ¿Cuál es la técnica para construir un discurso? “El acoplamiento de sus partes buscando el orden y la armonía. Y el sentimiento. No hay que olvidar nunca que para arrebatarse a un auditorio es preciso llenar de corazón la palabra. Esta, para Talleyrand no era sino un modo de disimular la verdad. Para mí es un cauce, un vehículo de comunicación con los demás. Soy un hombre que siempre ha utilizado la palabra, el gesto y la voz en servicio de mis más íntimos fervores”.

Alguien le preguntaba a Pemán por la vigencia o la decadencia de la oratoria de hoy. Su respuesta fue: “Entendida al modo grandilocuente sí está en decadencia. El hombre moderno exige intuiciones, no discursos. Nuestra época, de otra parte, es más dialéctica que la de nuestros padres. De ahí el nacimiento de la conferencia y de la charla.

¿Qué es la charla? Un género nacido para descomprometarse de la elocuencia. Una apoyatura para aligerar la comunicación. Una especie de truco. Pero nunca un género menor, como a algunos les ha dado por decir. ¿Un orador? Castelar. ¿Un conferenciante? Eugenio Montes. ¿Un charlista? García Sanchiz”.

Durante los años de la guerra Pemán fue la más soberbia voz española. “Estaban en juego —dice— cosas tan entrañables, que su defensa fácilmente adquiriría una vibración alta y patética. Toda exaltación y todo gran resuello oratorio le estaba bien de medida a las anchuras de fe, patria, historia y familia que el enemigo me entregaba heridas”. En Bilbao, al escucharlo, una mujeruca del pueblo, mirándolo con espanto le dijo: “Me duele la garganta de oírlo a usted”. A tal grado lograba la compenetración.

“Conocí entonces —confiesa Pemán— en la oratoria, un nuevo “trance” parecido al de la inspiración poética, por el que el espíritu creador traspasa los límites de lo puramente discursivo y entra, como en un contacto místico, unitivo, sintético, con las cosas que exalta y con las almas que, entregadas, le escuchan”. Sus discursos no siempre terminaron entre salvadas de aplausos. Durante unos juegos florales en una ciudad vasca

se decidió a glosar el lema tradicional de fe, patria y amor. Empezó por el amor y entre flores y poesía se ganó la parte femenina del auditorio. Habló luego de la fe y se conquistó a los numerosos sacerdotes y devotos que le escuchaban. El país vasco es muy religioso. Paso a paso, como el que se mete en un baño de mar, fue entrando en el lema de la patria. En su caso personal: España. Hasta ahí llegó. Hubo silba, pataleo y abucheo. La reina de los juegos, una muchacha marxista, se acercó para decirle sofocada: Ha estado usted intolerable. Pemán, profundamente inclinado, le contestó: "Soy tan monárquico, señorita, que acepto cuanto me dice una realeza, aunque sea tan efímera como la de usted".

Hay una anécdota muy distinta y es la que Eugenio D'Ors en su "*Novísimo Glosario*" refiere en tres ocasiones. Al ingresar don Eugenio en la Real Academia tocó a don José María darle la bienvenida. Pero, alcanzado de tiempo para redactar su discurso, se levantó a pronunciarlo y con una gavilla de páginas blancas en la mano, fingió leer, para cumplir con la regla académica, un discurso que allí mismo iba "inventando" con la mayor naturalidad.

Tuve la suerte de oír a Pemán en dos de sus ocasiones más altas y encumbradas: en el discurso de clausura del Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona y en el discurso de clausura del segundo Congreso de Academias de la Lengua celebrado en Madrid en 1956.

El primero, publicado después con notables adiciones bajo el título de "A la luz del misterio" es un soberano vuelo de teología, de erudición, de poesía y de fervor.

Pemán se lamenta en sus Confesiones del silencio de la gran crítica que envolvió este empeño. "Radicalmente somos excluidos algunos nombres del coto cerrado y estratégico de sus antologías y revistas".

En Madrid, ante el congreso de academias, ya a punto de clausurarse, dijo: "Para cumplir el encargo que me da la Real Academia Española de despedir a nuestros visitantes en la hora de la separación, la única palabra que puedo yo decir es aquella que dicen los viejos castellanos en horas semejantes: "Quede con Dios" dice el que se va; "Vaya con Dios" dice el que se queda; con lo que, en definitiva, más se acercan que se des-

piden, porque el que se va con Dios y el que con Dios se queda, en realidad no se separan, sino que más bien se unen más estrechamente en la divina unidad del Espíritu y del Amor". Habló después de comunidad cultural, separatismo idiomático, equilibrio del uso y autoridad, el idioma como empresa común, universalidad de nuestra lengua, generosidad en el espacio y en el tiempo, enunciados escuetos que en la palabra de Pemán se van vistiendo de novedad y de hermosura. "Os entregamos —decía— el idioma con que sor Juana Inés habló de Dios, Quedo de la patria y Cervantes de la vida". Habíamos caído nosotros, al perder las últimas provincias de ultramar en una depresión pesimista, cuando de vosotros, en labios de Rubén Darío, nos llegó el chorro luminoso de aquella salutación que nos convocaba al optimismo: "Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda!". Y no se había extinguido, casi todavía, la última sílaba de Rubén, cuando el Premio Nobel fue a buscar allá, en su retiro de Petrópolis a una ilustre chilena, Gabriela Mistral, y la sacó al proscenio de la gloria. Y Gabriela, como ya recordé alguna vez, se puso a cantar ante el mundo con voz antigua y nueva: "Perder supieron solo España y Jesucristo".

"Y el mundo todavía no aprende lo que ha visto".

Finalmente, Pemán terminó dando a todos los compañeros de letras hispanas la rosa blanca que había cultivado José Martí. Pemán estuvo sublime esa tarde. España había encontrado su mejor vocero.